

Escritores de La Pampa



Certamen Literario
“Vivir en Democracia con Justicia Social”
—2008—

Escritores de La Pampa / Eduardo Olivera ... [et.al.]. - 1a ed. - Santa Rosa :
Subsecretaría de Cultura de la Provincia de La Pampa, 2009.
100 p. ; 20x15 cm.

ISBN 978-987-1606-00-9

1. Literatura Argentina. 2. Poesías. 3. Cuentos. I. Olivera, Eduardo
CDD A860

Fecha de catalogación: 08/07/2009

Escritores de La Pampa

Supervisión de Textos: Área de Letras, Publicaciones y
Capacitaciones: Claudia Togachinsky - Luis Talone - Sergio De
Matteo

Diseño y Diagramación: Anca Nahuel

Impreso en Argentina
ISBN 978-987-1606-00-9
Cumplido con lo que marca la ley 11.723
Subsecretaría de Cultura - Año 2009
Pellegrini 180 1° Piso - CPL6300DUG
SANTAROSA - La Pampa - Argentina

Certamen Literario
“Vivir en Democracia con Justicia
Social”

—Edición 2008—

Subsecretaría de Cultura
Gobierno de la Provincia de La Pampa

Eduardo Olivera - Paula Alejandra Larrechea
Edgardo Aníbal Reinhart - Mauro Diego Hernández
Mario Gustavo Fiorucci - Daniel Osvaldo Horn

Jurado

Mgter. Carlos Juárez Aldazábal
Lic. Soledad Castresana
D. Atilio Germani

“Argonautas de juguete”

PAULA ALEJANDRA LARRECHEA

Segundo Premio Poesía



Paula Alejandra Larrechea

Nació en General Pico (La Pampa) en 1971. Es docente en Bellas Artes, y se dedica a la enseñanza del dibujo y la pintura. En el ámbito literario ha asistido al taller “Cruz del Sur”. Ha recibido premios por sus textos literarios, siendo publicado su poema “Íconos” en la plaquette “Vivir en Democracia con Justicia Social” (Subsecretaría de Cultura del Gobierno de La Pampa, 2007). Integra la antología *Cruz del Sur* (Ediciones Mis Escritos, 2008).

Confiesa que escribir le gusta desde siempre. “En los momentos de soledad, o sea, en los baldíos del alma, empequeñeció angustias, acrecentó mi tesón y me reencontró con mi escucha interior. Escribo porque el arte te esculpe, moldea en la arcilla original la forma perfecta y emerge de tu interior al interior del lector”.

Sentadas

en el muelle vegetal de nuestro patio,
tomábamos el matecito del encuentro
a la hora de las cinco.

Entre el aleteo del humo del cigarrillo
amalgamándose con los resplandores infinitos
las aureolas florales del jardín,
como una engalanada suelta de caleidoscopios...

Soñábamos

que en el mar de la pampa
el ancla de la añoranza, se aferra todavía
a nuestra barca andariega de la infancia.
Entonces emprendimos la travesía imaginaria
surcando los salitrales de la inmensidad.

Zarpamos del puerto de la inocencia,
y en el morral llevamos un arpegio de olores
a cocina a leña y tostadas morenas,
a la leche dulce de la mañana invernal,
al patio de la escuelita de los albores...

Amarradas a la estela de los sueños,
inventamos:

un paradigma de supervivencia para viento nautas,
una ronda de lápices con acordes irisados,
una huella en la arena, misterio de lluvia
donde aparece el agua que absorbió el asombro.

Acampamos

bajo el tendal fragante de una fronda de paraísos,

bebiendo al sereno el néctar de los cuentos.
La isla fue La Pampa, entre mar y cordillera
paraje de náufragos de otras guerras de hambre,
narraban los abuelos polizones de un barco carguero
o cruzando de a pie el túnel de la gran montaña,
por las vías del tren allende las alturas.

Jugamos

a destejer un sol de lirios espejados
y a llevar la cola de un vestido níveo.
Embriagadas de nostalgia remontamos
la crin del atardecer sedoso
para hacer escala en el andén primigenio,
que atesoramos en el cofre de los recuerdos.
Concepción de sueños que al volar derramamos
y en la bitácora del navegante pudimos plasmar:
un viaje, una epopeya, un idilio de mar,
una costa segura más allá del horizonte.
Argonautas de juguete... ¡Seamos ya!

“Breve historia de los Menza”

MARIO GUSTAVO FIORUCCI

Mención Cuento



Mario Gustavo Fiorucci

Nació en Santa Rosa (La Pampa) en 1960. Ha participado en diversas actividades creativas y artísticas, desde el ajedrez, artesanías en madera y la fotografía, formó parte del grupo “El Caldén”.

Cuenta que la literatura fue un campo nuevo para manifestar sus inquietudes, y que concluyó su primer cuento en marzo de 2004. Algunos de sus textos han sido galardonados en concursos literarios, entre ellos recibió en 2004 el 1º Premio del Certamen de Literatura “Vivir en Democracia con Justicia Social”, siendo publicado el cuento seleccionado en una plaquette individual: “La noche que Baltasar Odriozola ganó el campo y perdió los hijos” (Subsecretaría de Cultura del Gobierno de La Pampa, 2005).

Continúa escribiendo cuentos y poemas con la idea de editarlos. Admira a Jorge Luis Borges, Ernesto Sábato y Gabriel García Márquez; pero lee todo lo que puede, hasta lo que no le agrada pues, señala, uno aprende cuando lo hace.

Los Menza despiden a su tercer hijo que parte a la guerra. El tren espera estoico y a la vez siniestro. La estación es un páramo en sus corazones y los andenes están vacíos. Abril despliega su biografía de laureles efímeros, y el otoño —embriagado de ritos— tiñe las hojas mustias de las acacias, que al aterrizar salpican de un verde amarillento los suelos vecinos al edificio. Ellos, como si fueran ficciones del lugar, aguardan el momento de la partida. Por arriba, el viento con su hálito parece que mueve las nubes. Es, decididamente, un día ceniciento. Pero no están solos en el andén, bajo la bruñida campana, Secundino García, el jefe de la estación que le robó su nombre al pueblo que no fue, medita quien sabe qué. Una congoja creciente, le aprisiona el pecho y le hace desear estar en otro día, nuevo o viejo, pero otro.

Con la tristeza tapándolo como con un manto traicionero, el soldado José Ignacio Menza, vestido con el uniforme marrón impecable y su destino implacable a cuestas, entrelaza su mano derecha por sobre la espalda de su madre como lo hicieron siempre. Ángela no tiene ánimo para hacerlo, está devastada de pie. Un poco más apartado de la escena, Blamacio permanece casi ausente. Siempre ha sido retraído y rígido con sus hijos, como lo fue su padre. Es el tercero que despiden de esa estación, los otros no han vuelto y tal vez no lo hagan nunca.

Mario Gustavo Menza, el mayor de los tres, tomó en ese mismo lugar un tren a La Plata. Corría enero de 1975. Llevaba un magro equipaje, poco dinero y la esperanza de ser Ingeniero Agrónomo. Primero consiguió trabajo en un bar como lavacopas, y después fue mozo en un restaurante del centro. Recién entonces —entre propinas y sueldo— empezó a pagar puntualmente lo que le cobraba Dionisia Peláez, la dueña de la pensión de la calle 42 entre 8 y 9. Llevaba, no sin dificultad, sus estudios al día. Cada tanto mandaba un humilde giro a su padre, y para no

ofenderlo, le decía que era para sus hermanos o que él dispusiera.

En la primera Navidad lejos de su familia, conoció a María Celeste, en la feria de Plaza Italia. Pocos días después eran novios. Ella vendía botellas viejas pintada, o rellenas, con arena de colores, él militaba en el Centro de Estudiantes de Agronomía, donde fue elegido delegado a las asambleas de la Universidad. Era un tiempo hostil el que se vivía por aquella época, pero nadie previó lo que sucedería. En esa paranoia enfermiza de la caza de brujas que sobrevino, es probable que alguien los vendiera, como si en realidad fueran culpables de algo más que integrar un cuerpo estudiantil, o vender botellas antiguas, tapizadas de paisajes coloridos dibujados con arena teñida en su interior. La mañana del 28 de marzo del '76, cuatro días después del golpe de estado, Mario cayó preso en una redada del ejército mientras dormía en la pensión, y desapareció. Un par de semanas después su novia apareció muerta —...en un enfrentamiento—, según salió en el diario *El Día*. Dionisia, quien le había tomado cariño al muchacho, les dio la noticia en una carta, que entre el miedo invasor y el dolor que causaría, tardó en mandar. Los padres jamás aceptaron que estuviera fallecido, pero con el correr del tiempo, la convicción de lo ineluctable los fue azotando. Blamacio se arrepintió mil veces de no haberlo abrazado en la despedida.

Juan Justo Menza, el otro hermano, fue el segundo que se fue y en ese sitio, donde ahora el resto de la familia soportaba lo leonino, tomó otro tren o quizás el mismo, pero no para irse a estudiar, contrariando así la ilusión de sus padres. JJ —como le decían— tenía alma de pájaro, de barcaza indómita. Después de finalizar la secundaria trabajó en la cosecha de los campos de la zona, y con lo ahorrado marchó a Mar Del Plata, donde fue estibador en el puerto. Pasado un tiempo, embarcó en un buque de carga de bandera anónima. Corría diciembre de 1979 cuando con el corazón galopando su emoción, partió sin rumbo, pero con prisa. Para

abril de hace dos años, llegó a la casa paterna, que estaba frente a la estación, una postal desde algún puerto de España. Luego de ésta no hubo más noticias, nada de nada, ni un escrito o llamado, como si se lo hubiera tragado la tierra o el mar. Tampoco hubo abrazos en aquella despedida, apenas antes que el coloso de metal se lleve al ilusionado JJ.

El hogar de los Menza se situaba justo en el centro de las dos hectáreas de las que eran dueños. Ahí cultivaban y criaban de todo para sobrevivir. Junto con la de ellos, la estación conocida como “Pueblo Balmaceda”, porque sin sus orígenes fue la piedra fundacional de un pueblo que nunca se levantó, eran las dos únicas construcciones en kilómetros a la redonda. El jefe de la misma hacía veinticinco años que estaba en el cargo y no tenía familia, aunque alguna vez la tuvo, pero cansada de ese lugar inhóspito y de esa vida, su mujer huyó con el capataz de una cuadrilla encargada de limpiar y arreglar las vías, llevándose con ella a las dos hijas del matrimonio. Secundino García, llamado por los tres hermanos Cundino —en evidente deformación de su nombre— era un hombre bueno al cual todos los Menza respetaban. Y el ferrocarril, de circular todos los días, sólo pasaba los domingos a la tarde, sin horarios ni expectativas.

Y ahí estaban en ese atardecer de otoño los Menza, envueltos en la quimera de lo inasible. Esperando que el conductor meriende en la cocina de la estación unos chorizos secos que ellos le habían traído de obsequio. Cundino García llenó el termo con café para su compañero, que todavía tenía un trayecto largo, hasta llegar a destino. El aroma, traspasando la ventana protegida por un sencillo alambre fiambreira, para que no entren moscas ni otros insectos, se fue instalando poco a poco, bajo la armazón de chapas a dos aguas, que protegía las plataformas. Ángela mostraba una cara pálida y el café que jamás probó y siempre le

dio náuseas, la importunaba. Pero esta vez no podría culparlo de su malestar. Se sentía así desde que llegó el mensaje del Regimiento N° 7 de La Plata para José Ignacio y el paso del tiempo, lejos de calmar su angustia, la azuzó aún más.

Tratando de combatir su propio sinsabor —que aunque disimulado también lo padecía— Blamacio se orientó hacia donde estaba la cocina a leña, para hacer algo, cualquier cosa. Hasta era posible que se tomara un café por primera vez en mucho tiempo, pero no pudo. El jefe, con su uniforme prolijo de botones distintos y el chofer, con el estómago satisfecho, y el termo con la bebida caliente en una mano, se encaminaban por la galería. Uno a despedirse y otro a la locomotora. Fue en ese preciso instante, que el esposo y padre, empezó a tomar conciencia que las garras del destino le arrancaban algo de su cuerpo. Como en un destello, casi inevitable si se quiere, los recuerdos afloraron en un santiamén. Fue ahí, en ese mismo piso de ladrillos, ahora gastados por el paso del tiempo, que conoció a Ángela. Desde ese sitio, viajaron a Buenos Aires en su luna de miel, luego que el Juez de Paz de Salamote, el pueblo más cercano y distante unos 15 kilómetros, los casó. Por esos fieles rieles y trenes etéreos, su mujer se fue a parir a sus hijos, y después éstos, a estudiar en la escuela rural. Pero ya es tiempo de despedidas y la realidad lo instala de nuevo en ese irreal abril de 1982. La semilla de la guerra está naciendo en las Islas Malvinas. El ejército argentino suma tropas en el lugar de la barbarie, y los ingleses se acercan para ganarla y prolongar la injusticia.

Ya no hay nubes en el cielo, y la tarde, que indiferente se inclina, está despejada y fría. Sólo el humo, que escapa de la cocina a leña y se deja llevar mansamente por el viento que lo acosa, parece tener algún entusiasmo.

José Ignacio Menza, saltándose etapas a la fuerza y disfrazado de adulto, evita ponerse mal y trata de levantarle el espíritu a su madre, pero todo es en vano. No tuvo la suerte de sus hermanos, que se salvaron de la colimba. El ambiente en los andenes es triste por demás. Como una letanía intemporal, a lo lejos, los perros ladran en la casa y una pareja de teros se muestra lejos del nido. Es la hora.

Cundido se acerca despacio y lo abraza con ternura. Luego le regala una caja de alfajores de dulce de leche —sus preferidos—. Son para el viaje —le dice, apenas con un hilo de voz—; entretanto, con desazón, golpea por tres veces la campana anunciando la salida. Ángela resiste como puede, los tañidos son como puñaladas en su cuerpo. Está casi desmayada de pie, saca de algún lado, como con magia, una cadenita bañada en plata con un crucifijo de madera y se lo cuelga en el cuello, igual que lo hizo con Mario y JJ en las otras despedidas. Después de abrazarlo por un tiempo que se hace largo, con el rostro bañado en lágrimas, le da su bendición y trata —es imposible— de escapar, rezando un padre-nuestro. Un tanto alejado del sitio, Blamacio sostiene en una mano el abrigo de su hijo, y en la otra, una pequeña valija de bañana azul, apenas sucia de polvo. Sabe, es consciente, que se muere de ganas de abrazarlo, pero está preso de sus actos y su historia. En su interior, algo le dice, que si no abrazó a sus otros hijos en los otros adioses, sería traicionarlos en el afecto si lo hiciera ahora con José Ignacio. Resignado le acerca las pertenencias, mientras éste asciende por los pequeños peldaños al hechizo de su albur. Poniéndole un manto de piedad a la escena, cierra la despedida con un: —“...buena suerte hijo y que Dios te acompañe—. El menor de los Menza entra al tren y se ubica en una ventanilla que no intenta abrir. La elipsis, poco a poco, invade todos los rincones. El desconsuelo crece y es tan poderoso que hasta se lo puede respirar por la plataforma. Sólo el

soldado y el maquinista, viajan en ese domingo que las circunstancias hacen aún, más despacible. Al igual que sus otros hermanos cuando se fueron, no ha cumplido los veinte.

Secundino García, más que nada para ocultar las lágrimas que le invaden el rostro, se dirige caminando despacio hacia el ramal de la salida. José Ignacio siempre fue su preferido y el más compinche de los tres.

La ringlera de vagones empieza a desplazarse. El silbato de la locomotora diesel se escucha fuerte, justo al pasar por el tanque de agua, espantando así a una paloma que, ajena a todo, empollaba tranquila en algún hueco de la elevación. En la estación, el viento toma ahínco y vuelve a soplar con ímpetu por la galería, ahora que no está el tren.

Parados en el andén, Blamacio y Ángela son pura desesperación, mientras sostienen la mirada en el horizonte infinito de los rieles, hasta que la figura del gigante de hierro es sólo un punto cetrino que se pierde. El silencio se adueña de nuevo del lugar y es tan intenso que hasta se lo podría esculpir. Como inocente espectador, el reloj que pende en lo alto, es solitario testigo del momento. Blamacio pasa su mano diestra por abajo del pelo áureo salpicado de canas de su mujer hasta tocarle el hombro, y bajando los cinco escalones de la estación, se dirigen sin entusiasmo a la casa.

“El gansito García”

DANIEL OSVALDO HORN

Mención Cuento



Daniel Horn

Nació en General Pico (La Pampa) en 1966 y vivió en la zona rural de Trenel hasta los siete años. Luego residió en Colonia Santa Teresa hasta los trece, y a esa edad se radica en Santa Rosa. Se dedica a la electrónica, al sonido, y a la reparación de instrumentos. Es músico aficionado, y escribe cuentos, relatos y canciones.

¿Quieren saber qué le pasó al Gansito García? Aunque no quieran saber, les voy a contar igual toda la verdad paso a paso y desde el principio.

En realidad no iba a decir nada. Me iba a callar la boca. Pero resulta que el otro día, la hermana del Gansito me agarró en la calle, y me dijo de todo. Lo peor es que ahora cada vez que me la cruzo me pega o me putea y no me deja explicarle nada.

El Gansito García tenía un taller. Una tornería. Un lugar de ésos que vos estás ahí, y es como el paraíso de las herramientas; lleno de máquinas automáticas, todas funcionando, que meten un ruido espantoso y no se puede ni hablar.

Pero al Gansito le gustaba que le cayera alguien para conversar un rato, así que él agarraba, apagaba todo, ponía dos o tres sillas en el medio, y cebaba mate.

Aquella situación lo volvía loco. Por un lado, detestaba parar los motores pero por el otro, no podía resistirse al placer de compartir una charla con un amigo.

Bueno, ahora todos me miran feo. Piensan que lo del Gansito fue culpa mía. Yo estaba ahí cuando pasó lo que pasó; pero les repito, lo dije mil veces en el velorio, lo del Gansito fue un accidente. Lo juro todas las veces que quieran y que me caiga muerto si es mentira.

Yo llegué tipo diez de la mañana y el Gansito estaba solo. Según me dijo, estaba piola porque no tenía mucho que hacer. De todos modos no hizo lo que hacía siempre; es decir, no apagó todas las máquinas. Dejó andando una que ronroneaba como un gato. Serenita andaba y no jodía para nada. El Gansito me la señalaba desde el rincón donde ponía la pava a calentar. No hacía un mes que la había comprado y esa vez creo que la dejó encendida a propósito, para tener la ocasión de hablar del tema.

Bueno, el asunto es que empezamos a tomar mate. El Gansito estaba como yo había intuido, en esos días que todos le conocíamos,

pasado de locuacidad; hablaba y hablaba sin parar y en ocasiones, contestaba preguntas formuladas por él mismo. Así de acelerado estaba. Se ve que era el efecto rebote que le deparaban días enteros sin hablar prácticamente con nadie. Entonces lo dejé. Lo dejé que se sacara las ganas, total, yo estaba al pedo, como siempre.

Al rato, algo en la máquina nueva me tiró la vista hacia ella. No me daba cuenta de qué era lo que me llamaba la atención. Después de dos o tres vistazos, el Gansito me enganchó en esa situación e inmediatamente saltó de lo que estaba hablando, a lo de la máquina.

—La sierra. La sierra mecánica —dijo dos o tres veces— te corta un fierro así en dos patadas. Ahora la tengo cortando fundición, despacito para que la hoja no tome temperatura.

Y así siguió como media hora más, contándome dónde la compró, cuánto la pagó, cómo hicieron para mandarla, los días de espera bancándose a la sierra vieja que te cortaba los fierros para la mierda, etc.

Mientras él hablaba, pude observarla con más detenimiento y ahí descubrí qué era lo que me distraía de la conversación. El conjunto del motor y la sierra, estaban unidos a la base con un sistema de bisagra. Sería de este porte más o menos el perno que la atravesaba de lado a lado y en la punta que yo veía, como si les dijera el perfil derecho, había una tuerca que era un socotroco así, pulgada y media fácil. Era descomunal en proporción al tamaño del aparato. Y la muy turra se movía. Apenitas, pero se movía. El Gansito no la veía porque estaba sentado al lado mirando para acá y esa parte le quedaba fuera del campo de visión; pero yo los veía a los dos. Los tenía de frente.

La cosa es que el Gansito siguió hablando y no me dejaba meter ni un bocado, porque si no, yo le hubiera dicho enseguida: mirá Gansito que esa tuerca se está desenroscando. Pero no me dejó y encima el Gansito estaba chocho con la cascarria nueva y me daba no sé qué decirle que le había encontrado un defecto.

En un momento lo pensé bien y me dije: no seas paranoico ¿Qué puede pasar si la tuerca se sale? Yo quería ser positivo o por lo menos, neutral. Pero la respuesta llegó de inmediato. Me incliné hacia un costado para ver qué había detrás de la tuerca y sentí el peligro. Era un resorte que se ve que mantenía la presión sobre las piezas y seguramente evitaría algún tipo de vibración, no sé, el asunto es que ese resorte era de acero grueso y parecía tener fuerza suficiente como para arrancarte la cabeza si te agarraba. Por eso me alarmé. Ahí nomás lo paré al Gansito.

—Che Ganso, fijáte qué pasa con esa tuerca.

—¿Qué tuerca? —preguntó—, y echó un vistazo.

Está todo bien vos no te preocupés —me dijo—, y siguió relacionando ciertos pasajes de un libro que estaba leyendo, con la historia de una mina que conoció en Monte Hermoso.

A esa altura yo ya me estaba pudriendo. Por un lado, tenía al Gansito tocando el cielo con las manos, ya que no había nada que él apreciara más que un oyente absoluto y por el otro, tenía esa máquina repodrida cuya tuerca a punto de salirse, le apuntaba al Gansito justo en la sien.

En un momento le digo: Ganso, vamos más para allá que el ruidito este me está hinchando las pelotas.

—¡Qué forro que sos! —saltó— ¿Te diste cuenta? estás jodiendo desde hoy con la máquina. Que la tuerca, que el resorte... ahora se te ocurrió la del ruidito. Estás envidioso. Estás caliente porque yo me compré una máquina nueva y vos que sos un fracasado no te pudiste comprar ni un par de zapatillas. —¡Pero yo laburo viejo! ¿Eh? ¡Vos viste que yo me rompo el alma acá adentro!

—No seas boludo Ganso; —me justifiqué—. Te digo que te corras aunque sea para que esa tuerca no te vuele la cabeza. ¿No ves que se está por salir?

—Dejame de romper las pelotas con la tuerca justo ahora que te

estaba por contar la última del Riki. Haceme caso. No le des bola. La tuerca no se sale.

Bueno, joya, —dije— y lo dejé seguir con una anécdota que ya me la había contado el Jimmy, acerca del Ricardo, el Riki; que se le había puesto que a los televisores, para que recuperen el color, había que lavarles el tubo con agua y detergente.

—¡Te imaginás! —dijo el Ganso—. Un día cayó el dueño de uno que él justo lo tenía en remojo adentro de una batea y para colmo cuando lo va a sacar para explicarle su teoría, se le resbala de las manos, se le cae y se le hace percha delante del tipo. ¡No sabés la luna que tenía ese paisano! Bueno...

Al final, no hubo forma de evitar lo que pasó. Tampoco voy a decir que me esmeré mucho porque yo no estaba seguro si la tuerca se iba a salir o no. Lo único que sé es que tenía miedo de que la tuerca salte a la mierda y le reviente el cerebro al Ganso, que por otro lado ya estaba medio engranado conmigo y cuando lo hacías calentar te pegaba en los nudillos con una francesa. Así que fijensé que por una razón u otra no se pudo evitar la tragedia.

Ahora que lo pienso, tal vez si yo me hubiera ido, el Gansito habría salido de ahí y al momento del disparo, porque el tuercazo sonó como un disparo, a lo mejor habría estado en otro lugar del taller, fuera de la línea de tiro que tenía esa máquina asesina. Pero no.

El destino quiso que el Gansito se emperrara con que yo estaba envidioso, que la máquina era nueva, que escuchá la última que se mandó el Mariano, y así fue que el cabezadura del Gansito se quedó ahí, ni sé qué carajo me estaba contando y la tuerca saltó a la mierda.

A democracia y cultura, cultura y democracia las une una correspondencia biunívoca. Biunívoca porque en el marco de una cultura dada, nace y se desarrolla la democracia; y sin las libertades que garantiza la democracia, la cultura se asfixia. La Democracia le abre las compuertas de la libertad a las de la libertad a las manifestaciones de la cultura y ésta se expande y crece “desde el pie”, como dice la canción.

Pero, hay que decirlo: la educación, las libertades, los derechos, las instituciones, la democracia, la república, el federalismo, la participación ciudadana son emergentes de la cultura. Si la cultura está mediatizada o desmembrada, interferida, censurada o silenciada por agentes o factores extraños a sí misma, seguramente tendremos una democracia débil, inconsistente. Si partimos de una cultura que ha ganado en conciencia ciudadana -lo que es lo mismo que decir: pensante, reflexiva y crítica-, fortalecida en su autoestima y en su dignidad, seguramente construirá-demandarà una democracia participativa, consultiva, sana, transparente, eficaz y justa. Democracia y eficacia, democracia y desarrollo igualitario son para esto duplas inseparables para garantizar el cumplimiento de los mejores principios y postulados en torno de las demandas y realizaciones de la sociedad.

Democracia y cultura, cultura y democracia, entonces, se retroalimentan en una rica y variada relación de reciprocidades, en aportaciones, sustentaciones y fortalezas.

Ángel Cirilo Aimetta
Subsecretario de Cultura

la cultura es **la fuerza**
de los **pueblos**



GOBIERNO DE LA PAMPA